

La sociología desarmada

Crisis y renovación de la disciplina tras el golpe de Estado

Mónica Iglesias Vázquez

Universidad de Valparaíso, Chile

monica.iglesias@uv.cl

DOI: 10.32995/0719-64232023v9n18-154

La sociología desarmada

Crisis y renovación de la disciplina tras el Golpe de Estado

Mónica Iglesias Vázquez

RESUMEN

En este artículo examino el proceso de transformación que experimentó la sociología a raíz del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. A partir del análisis de un conjunto de textos, en que los propios protagonistas reflexionaron sobre el impacto del golpe y de la dictadura militar, reconstruyo, desde una perspectiva crítica, las transformaciones que tuvieron lugar en el campo académico, así como el proceso de renovación de las ciencias sociales y, particularmente, de la sociología, atendiendo a tres dimensiones fundamentales: el rol del sociólogo, el papel de la teoría y el carácter performativo de la ciencia social. Muestro cómo la renovación sociológica es, en primer lugar, un producto del quiebre emotivo que generó el golpe de Estado.

PALABRAS CLAVE

Sociología, renovación, dictadura, golpe militar, Chile

Sociology Disarmed

Crisis and Renewal of the Discipline after the Coup d'état

Mónica Iglesias Vázquez

ABSTRACT

In this article, I examine sociology's transformation following the coup d'état of 11 September 1973. Based on the analysis of a set of texts, in which the protagonists themselves reflected on the impact of the coup and the military dictatorship, I reconstruct, from a critical perspective, the transformations that took place in the academic field, as well as the process of renewal of the social sciences and, particularly, of sociology, paying attention to three fundamental dimensions: the role of the sociologist, the role of theory and the performative character of social science. I show how sociological renewal is, in the first place, a product of the emotional rupture generated by the coup d'état.

KEYWORDS

Sociology, renewal, dictatorship, military coup, Chile

INTRODUCCIÓN

La traumática experiencia del fin de la Unidad Popular provocó, en buena parte de los científicos sociales de izquierda, una catarsis colectiva de consecuencias probablemente insospechadas entonces. El sociólogo Manuel Antonio Garretón (2013) lo ha expresado de la siguiente manera: “El fracaso o la derrota de proyectos histórico-políticos son también fracaso o derrota de las categorías con que fueron pensados”. Por lo tanto, aquella fractura histórica trajo aparejada una revisión teórica y práctica que, con ritmos y alcances diferentes, realizaron casi todas las comunidades políticas e intelectuales que habían impulsado el proyecto popular. Fue un proceso profundamente personal y, a la vez, vivido colectivamente, nacido de una situación traumática que provocó un *quiebre emocional*:

Dicho proceso –dicho cambio en los paradigmas, dicho “quiebre epistemológico”, por llamarlo de alguna manera– únicamente se hace posible a partir del quiebre político y humano que significa el golpe de estado de 1973. El quiebre teórico es producto del quiebre afectivo. Es decir, no se trata solamente ni prioritariamente de una evolución al interior del campo de las ideas y que podría estudiarse principalmente a partir de la lectura de Marx, Gramsci o cualquier pensador europeo, sino que debe ser explicado, en primer lugar, como un cambio de postura ante la realidad y ante la vida (Devés, 1991: 127).

Ese proceso de transformación tuvo una clara expresión en ciertas élites académicas y políticas, que pasaron del protagonismo y la certeza en el

triunfo histórico a la incertidumbre, el temor y la marginación: “Ya no somos dioses; no somos dueños, ni protagonistas, ni arquitectos ni parte de nada. Y esto no lo aceptamos” (Tironi, 1979: 26). El impacto emocional que produjo el golpe en esta generación de intelectuales, dirigentes y militantes de partidos políticos, que tras haberse sentido los “hacedores” de la revolución fueron confinados al vacío, a la impotencia y la irrelevancia, ha sido una arista sugerida a menudo en los análisis sobre el viraje del pensamiento social y político durante la dictadura, que ha puesto de manifiesto el carácter aleccionador del golpe de Estado y los sentimientos de trauma y exclusión que caracterizaron a la “generación del golpe, que es a su vez la generación de la democracia post-Pinochet” (Camargo, 2008: 6). La derrota, desde esta perspectiva, es vivida como una derrota generacional, por cuanto “lo es de la autoimagen que las generaciones anteriores se habían hecho de sí mismas como observadoras y conductoras del proceso” (Güell, 2002: 83). Y, por ende, la renovación socialista¹ también es una experiencia que adopta un carácter generacional: es “un logro de nuestra generación”, sostiene Garretón (2011a: 72).

La renovación socialista se tradujo en prácticas y opciones políticas, pero fue, primeramente, un *fenómeno intelectual*. Los actores que protagonizaron esa revisión y cuestionamiento fueron, en gran medida, personalidades con un pie en la academia y otro en la política; “intelectuales orgánicos” con un gran capital científico y con posiciones de poder, en cuanto dirigentes o militantes en sus respectivas organizaciones. Por eso, aunque resulta imposible desprender el proceso de renovación de las ciencias sociales de la transformación que tuvo lugar en las colectividades y partidos políticos, nos vamos a concentrar aquí en el campo académico y, particularmente, en la

1 El concepto alude a la renovación ideológica de la izquierda y de sus diversas líneas políticas, que involucró a distintos sectores y personas, algunas independientes, pero, sobre todo, intelectuales y militantes de partidos y fracciones políticas de la órbita socialista (Partido Socialista, Izquierda Cristina, Movimiento de Acción Popular Unitaria).

sociología, que es la disciplina que mejor expresa el viraje que hubo de una perspectiva crítica y revolucionaria hacia otra formal y social-conformista.

A continuación, describimos el grupo de sociólogos analizados y exponemos las transformaciones que tuvieron lugar en el *campo académico* con posterioridad al golpe: en el plano institucional, analizamos primero la intervención militar de las universidades y el proceso de depuración de las ciencias sociales y, después, las estrategias de sobrevivencia desplegadas por los científicos sociales y la construcción de un espacio extrauniversitario. Posteriormente, damos cuenta del proceso de *renovación de las ciencias sociales*, en particular de la sociología, a partir del doble movimiento reflexivo que protagonizaron los sociólogos: primero se revisaron, cuestionaron y, una parte no desdeñable, renegaron de lo que habían sido o de la autoimagen que construyeron de sí mismos en el pasado, para después empezar a edificar una nueva identidad, afirmando rasgos que anteriormente habían estado ausentes o habían sido negados. En síntesis, exploramos tres dimensiones fundamentales: el rol del sociólogo, el papel de la teoría y el carácter performativo de la ciencia social. Finalmente, concluimos que el efecto del golpe de Estado fue más corrosivo en el plano subjetivo, pues la autocrítica renovada que le siguió desarmó a la sociología, anulando su capacidad crítica.

ACERCA DEL CORPUS ACADÉMICO Y DE LOS SOCIÓLOGOS ANALIZADOS

El análisis del viraje que experimentó la disciplina durante la dictadura y, en concreto, los efectos que tuvieron las lecciones extraídas por la comunidad de sociólogos acerca del fin de la Unidad Popular, se basa en la revisión de la producción intelectual de la décadas de los ochenta y noventa de sociólogos que comparten dos características relevantes: su militancia política en partidos de la oposición antidictatorial y el asidero institucional en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y en SUR, Centro de

Estudios Sociales y Educación². Se trata de un grupo delimitado de sociólogos, pero muy influyente por el efecto performático de sus análisis en el diseño de la transición política.

Un primer rasgo relevante suyo es su estrecha vinculación con la política y la inclinación a conjugar el saber sociológico y el poder político. Los intelectuales del Movimiento de Acción Popular Unitaria fueron los que lideraron el proceso de renovación socialista, porque ese partido-movimiento congregó a destacados científicos sociales como José Joaquín Brunner, Tomás Moulian, Manuel Antonio Garretón, Norbert Lechner y Eugenio Tironi. El MAPU no fue un partido al uso, fue una comunidad político-ideológica y afectiva de gran singularidad que, a pesar de sus escisiones y del hecho de que la disolución formal de la organización tuvo lugar en 1989, ha seguido operando como un referente en el imaginario político chileno. Es en ese sentido que podemos referirnos a “los intelectuales del MAPU”, a sabiendas de que la militancia formal de algunos de ellos, Garretón y Lechner fundamentalmente, fue muy corta y no se extendió durante la dictadura. Otros, como Tironi, se fueron desvinculando progresivamente de la identidad partidaria al tiempo que se integraban en la Convergencia Socialista³. Estos intelectuales presentan diferencias significativas en la evolución de su pensamiento, pero, en general, y sobre todo en un primer momento, comparten los pilares de lo que supone la renovación socialista.

La segunda característica dice relación con su anclaje institucional. Tanto la FLACSO como SUR se abocaron al análisis de la transición política y buscaron incidir en las lógicas de la oposición antidictatorial. Si bien los ejes fundamentales de la lectura interpretativa de los autores de ambos

2 La FLACSO, cuya sede funcionaba en Santiago de Chile desde su creación en 1957, se convirtió en uno de los pocos refugios académicos para un sector de los profesores e investigadores expulsados de las universidades chilenas. SUR, fundado en 1978, fue uno de los llamados Centros Académicos Independientes, espacios extrauniversitarios que congregaron a muchos sociólogos y sociólogas exonerados y retornados del exilio, como veremos más adelante.

3 Nombre que recibió la orgánica de los sectores renovados, transversal a los partidos.

centros son los mismos, consideramos que en buena medida se complementan en sus desarrollos: SUR se enfocó en el proceso de constitución del sujeto, sus transformaciones internas y la sociedad civil, mientras que la FLACSO se interesó en las movilizaciones y las protestas desde una perspectiva más institucional y politológica. Moyano atribuye, en parte, las diferencias observadas entre los trabajos de ambas instituciones a las distintas pertenencias partidarias de los investigadores en cuestión: en el caso de la FLACSO, primaron los militantes del MAPU Obrero Campesino, mientras que en SUR prevalecieron los del MAPU Garretón. Ello no impidió que el diálogo, el intercambio de análisis y la circulación de las ideas fuera posible entre ambas colectividades, “confluyendo en un pensar la transición de manera complementaria” (Moyano, 2011b: 200).

LA INTERVENCIÓN DE LAS UNIVERSIDADES Y LA DEPURACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

La intervención militar en las universidades, como en otros espacios de la sociedad, tuvo el carácter de una *operación quirúrgica* que buscó extraer los elementos considerados indeseables y “limpiar” carreras, planes de estudio y departamentos. Este proceso de *higiene social* se propuso abolir el pensamiento crítico y la autonomía del campo académico. La acción destructora se cebó sobre las ciencias sociales, específicamente con la sociología, porque esta disciplina había experimentado desde mediados de los años sesenta un proceso de radicalización que redefinió “el rol del practicante de la sociología en términos de una militancia teórica y política en favor de la revolución” (Brunner y Barrios, 1987: 79).

Los sociólogos habían jugado un rol importante en el proyecto de la Unidad Popular, como intelectuales orgánicos de la revolución, proporcionando una concepción alternativa de sociedad y legitimando científicamente la transición del capitalismo al socialismo: “Esas ciencias sociales están además altamente politizadas y en un interesante vaivén dialéctico contri-

buyen, a su turno a dar asidero científico a las tareas de las diversas organizaciones políticas” (Cueva, 2008a: 190). Para la Junta Militar eran parte del “enemigo interno” a combatir, por ser los portadores de “las ideologías foráneas, el sectarismo partidista, el egoísmo o antagonismo deliberado entre las clases sociales, y la invasión cultural extranjerizante”, según rezaba la *Declaración de principios del Gobierno de Chile* (1974). En consecuencia, su acción estaba destinada a perseguir y castigar a la sociología revolucionaria, pero sobre todo, a hacer desaparecer la idea misma de revolución, que se había instalado como parte del *sentido común* de amplios sectores de la sociedad.

La dictadura se propuso, en primer lugar, dismantelar la institucionalidad académica vigente: la Junta de Gobierno se arrogó mediante decretos-ley el derecho a designar militares como rectores-delegados en las universidades, pulverizando con ello la relativa autonomía de la que habían gozado hasta ese momento, y dando marcha atrás al proceso de mayor democratización que conocieron estas instituciones a partir de la Reforma Universitaria del año 1967. Por lo mismo, clausuraron algunos centros de investigación y escuelas de Sociología, cerraron el ingreso de nuevas generaciones y exoneraron a cientos de académicos/as (Brunner y Barrios, 1987; Baño, 2012).

A la par de la purga de personas, se inició una depuración de contenidos y enfoques teóricos. Lo que incomodaba a las nuevas autoridades no era tanto la diversidad de enfoques como el influjo del marxismo, cuya legitimación científica había crecido significativamente en el interior de la universidad en muy corto tiempo (Vasconi, 1991: 23). La sociología con “patente revolucionaria” (Brunner y Barrios, 1987: 81) era una sociología esencialmente marxista, entre cuyas *armas* se contaban “la crítica del campo y la valorización del discurso sociológico en términos del compromiso, el partido y el movimiento popular” (Brunner y Barrios, 1987: 80). A ojos de los militares golpistas y de los académicos conservadores se trataba de una sociología sobreideologizada, no científica, que había fomentado el odio

entre la “gran familia chilena”⁴ y, por lo mismo, era menester erradicar el marxismo de la universidad y eliminar de los planes de estudio cualquier referencia al conflicto social o a las clases sociales. Para ese fin se modificaron los programas de las materias relacionadas con las ciencias sociales y se cerraron muchas cátedras, eliminándose áreas enteras de formación, como la economía y la sociología políticas, o reduciéndose drásticamente, como las referidas a los problemas estructurales del desarrollo en América Latina y en Chile (Garretón y Pozo, 1984: 85). La batalla ideológica del naciente neoliberalismo de los *Chicago Boys*⁵ –furibundamente antimarxista– comenzó a rendir sus frutos, al ganar terreno la idea de la polarización ideológica que habría caracterizado el período anterior, en la cual, por cierto, los intelectuales tuvieron una gran responsabilidad, como veremos más adelante.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL MUNDO ACADÉMICO FUERA DE LA UNIVERSIDAD

Los científicos sociales debieron enfrentar no solo la persecución militar, sino también el proceso de deslegitimación de su profesión. Se vieron forzados, sobre todo en los primeros años, a un “exilio interior” (Vasconi, 1991: 43): una ruptura del mundo interior subjetivo, de encierro en uno mismo, de autocensura, de aislamiento y marginación. Esta experiencia de ajenidad e introversión en un país que ya no sentían como propio, y en un contexto en que ser sociólogo era considerado sinónimo de “subversivo” o “terrorista”

4 El sociólogo Manuel Guerrero (2008: 266) examina esta “fantasía ideológica social”, que consiste en la “la visión construida de una sociedad chilena pre-Unidad Popular como una gran familia” y la construcción de un “otro (‘los comunistas’) como aquel cuerpo extraño dentro del mismo cuerpo social que puso en crisis a la ‘familia chilena’”, que provoca la decadencia y la disolución de la misma sociedad.

5 Expresión que designa al grupo de economistas que se hicieron cargo de la economía chilena a partir de 1975, la mayoría de ellos formados en la Universidad Católica y con estudios de posgrado en la Universidad de Chicago, bajo la dirección de Milton Friedman y Arnold C. Harberger.

(Barros y Chaparro, 2014), hizo que la sociología pareciera “más bien un prontuario que una profesión” (Manuel Antonio Garretón citado en Villagas 1984: 16). Con todo, algunas instituciones, como la FLACSO, cuya sede funcionaba en Santiago de Chile desde su creación en 1957, se constituyó en un lugar de salvaguarda de las ciencias sociales chilenas, operando como uno de los pocos *refugios* académicos institucionales para algunos de los académicos expulsados de la universidad.

Tempranamente, el mundo académico comenzó a reorganizarse en centros dedicados a la investigación y a la “dinamización” social, que recibieron el nombre de Centros Académicos Independientes (CAI), porque surgieron al margen del Estado y de las universidades y, en su mayoría, con una explícita orientación opositora a la dictadura. Esta institucionalidad extrauniversitaria reconfiguró el campo de las ciencias sociales y preservó la actividad intelectual (Faletto, 2009). Así lo constató el presidente del Colegio de Sociólogos, Rodolfo Gálvez: “No somos una especie en extinción, aunque intentaron eliminarnos... y casi lo lograron” (citado en Villagas 1984: 16).

En la década de los ochenta, los CAI se constituyeron en el mercado de trabajo no solo para los académicos expulsados, sino también para los exiliados que comenzaban a retornar, consolidando un “sector académico informal”, una academia sumergida, el principal segmento y el más dinámico del mercado ocupacional para los científicos sociales (Brunner y Barrios, 1987: 139). Las ciencias sociales sobrevivieron *contra* la dictadura y *a pesar de* la intervención militar en la universidad, en estas instituciones que proporcionaron, a juicio de algunos autores, la “mayor y más importante producción de investigaciones sobre la realidad nacional” (Garretón, 1989: 9).

A juicio de los protagonistas de ese proceso, los CAI tuvieron un papel muy relevante en “la revolución copernicana que ha experimentado el campo de las ciencias sociales en la región” (Brunner y Barrios, 1987: 210). Entre las características fundamentales del saber producido por las ciencias sociales en los ochenta, destaca su *carácter no disciplinario*, puesto que la in-

vestigación se articulaba, principalmente, en torno a un área de estudio o un tema-problema, y no en función de una orientación disciplinaria. Si bien, para algunos autores (Güell, 2002) esta cualidad redundaría en la debilidad disciplinaria de la investigación social producida en esos años, lo cierto es que se valora el elevado grado de especialización temática y la ingente cantidad de datos empíricos.

En contraste con la alta densidad empírica, se reconoce la laxitud teórica de esta producción académica. De hecho, Garretón (1981: 71-72) subraya, entre las características de la generación intelectual de los CAI, la “gran flexibilidad en los marcos teóricos, donde las orientaciones propias del investigador no le impiden indagar fuentes contrapuestas”; y Brunner y Barrios (1987: 195) constatan que los investigadores adoptan sin dramatismo “un cierto relativismo frente a los varios enfoques sociológicos”.

La autocrítica renovada valoró positivamente la ausencia o fragmentación de paradigmas teóricos para el desarrollo de las ciencias sociales, pero no pudo dejar de reconocer que:

Lo que entre nosotros a veces se llama renovación teórica de algunas de las ciencias sociales equivale, más bien, al abandono de los varios “modelos de ortodoxia” predominantes en parte de los años 1960 y 1970. En cambio, resultaría difícil encontrar producciones teóricas, originadas en América Latina, que hubieran sustituido el esfuerzo desarrollado por los “dependen-tistas”, o que, pudiera estimarse, participan de la discusión teórica en curso en los países del Norte. Más bien, nosotros nos especializamos “por temas”, pero desconectadamente del tronco central de las disciplinas y de sus especialidades y con un bajo umbral teórico (Brunner, 1990: 83).

La desconexión a la que alude Brunner fue caracterizada por otros autores como “desorientación de las ciencias sociales” latinoamericanas (Vasconi, 1991: 63), o como “incertidumbre en la construcción del conocimiento científico-social” (Calderón y Provoste, 1989: 69). Por eso, para esta generación, el balance entre empirismo y eclecticismo teórico es positivo: “A pesar

del carácter muchas veces errático de la investigación, el conocimiento de las distintas realidades nacionales es hoy mucho más profundo y extendido” (Lechner, 1988: 30).

La más elevada productividad se explica, en parte, por el modo de financiamiento de los CAI, que dependía de fundaciones internacionales, de fundaciones vinculadas a los partidos progresistas, de iglesias y de la cooperación internacional en general. Entre los centros existía una división intelectual del trabajo (algunos más académicos, otros más volcados a la intervención), y se imponía además cierta tensión por la obtención de recursos, pues no dejaban de competir en un mercado (“solidario”) de producción y difusión de saberes (Güell, 2002). La modalidad de financiamiento exigía una lógica *productivista* de la investigación social, ya que “el que no escribe no cobra” (Brunner y Barrios, 1987: 157). El financiamiento, al estar “atado a proyectos”, requería el cumplimiento de características específicas, plazos y resultados esperados, bajo la responsabilidad del investigador y la supervisión de la respectiva agencia. Curiosamente, esa relación de recursos externos no entrañó para estos sociólogos una menor autonomía: “En el momento de mayor dependencia financiera del extranjero se da el momento de mayor autonomía intelectual y de mayor creatividad local de las ciencias sociales” (Garretón, 1989: 17-18).

Otro de los aspectos destacados es el mayor provincialismo de las ciencias sociales, en detrimento del *latinoamericanismo* y *tercermundismo* que habrían sido sus rasgos definitorios en la etapa previa, nucleadas en los debates sobre el imperialismo, la modernización, el desarrollo, la dependencia y la revolución (Vasconi, 1991: 11-12; Baño, 2012: 88-89). El abandono de la perspectiva latinoamericana no implica, necesariamente, una autarquía en términos académicos o la ruptura de lazos con otros espacios intelectuales. De hecho, el localismo puede ser matizado al tomar en consideración el efecto del exilio en los investigadores y en su quehacer académico, así como los encuentros entre el interior y el exilio, muy relevantes en las características que asume el proceso de renovación del pensamiento

social y político (Almendras, 2007; Moulian, 2008; Moyano, 2011a). El exilio proporcionó el contacto con otras realidades nacionales y con otros debates, y esa experiencia fue incorporada y procesada de distinta manera por los académicos chilenos durante su expatriación y posterior retorno al país. Aunque, a decir verdad, este fenómeno se refiere solo a “un delgado segmento de las ciencias sociales latinoamericanas, aquel que configura la élite, oligarquía académica o ‘alto clero’ de la comunidad de investigadores” (Brunner, 1990: 82).

En definitiva, de manera un tanto sorpresiva, considerando la violencia inicial de la que fueron objeto, las ciencias sociales sobrevivieron e incluso incrementaron su acervo de conocimientos durante la dictadura. Pero las características de este campo académico extrauniversitario también imprimieron un sello particular al tipo de saber producido: “Las ciencias sociales no desaparecieron en Chile, pero claramente cambiaron” (Baño, 2012: 84).

LA CRÍTICA DEL INTELLECTUAL TOTAL Y LA AUTONOMÍA DEL CAMPO ACADÉMICO

La radicalización del proceso político a lo largo de la “década larga de los sesenta” (Vasconi, 1991) inclinó a los científicos sociales a adoptar un papel más *militante*, reconociendo plenamente la función política de su producción teórica y entendiendo su labor como parte de la confrontación que cimbraba al conjunto de la sociedad. En consecuencia, la universidad fue vista como un espacio en el que se reflejaban, procesaban y, en ocasiones proyectaban, los conflictos sociales y políticos, sin anular la diversidad ni la confrontación de perspectivas. Como nunca, en la *década revolucionaria* se evidenció el carácter de *campo de lucha* de la academia:

El compromiso de la universidad “de la reforma”, si bien tenía innegables dimensiones políticas, no era el compromiso con un gobierno determinado: nunca la universidad alienó su derecho a criticar y a cuestionar la gestión

política, así como jamás confundió sus tareas con el programa y las metas del gobierno. La libertad, el pluralismo, la autonomía y la democracia interna impedían estructuralmente cualquier tipo de compromiso irrestricto. Ni el gobierno de Frei ni el de Allende pudieron seriamente pretender que la universidad fuese uno de sus aliados: tanto uno como el otro encontraron en ella adversarios intelectuales e ideológicos u oposición estudiantil. [...] El “compromiso” preconizado por la reforma no significaba otra cosa que hacer permeable la universidad al movimiento y a las preocupaciones reales del país (Garretón y Pozo, 1984: 20-21).

A pesar del reconocimiento anterior, que abona la tesis de la notable autonomía del campo académico pese a una mayor politización, el proceso de autocrítica que inician los científicos sociales a partir del golpe de Estado va a producir una lectura muy distinta del período previo: la de un campo en donde se confunde la acción política con el quehacer académico, con la imagen de unas ciencias sociales obcecadamente militantes, al punto de coartar la libertad de los intelectuales y sesgar su capacidad crítica. Este retrato resulta aún más complejo, porque la situación descrita no sería tanto el resultado del control o la injerencia gubernamental como una suerte de “autoimposición” del científico social, debido a una “adscripción militante ideologizada” (Calderón y Provoste, 1989: 79).

Los científicos sociales habrían sido, pues, los responsables de su propio proceso de subordinación a una condición de militantes a-críticos, al autoexigirse “la satisfacción de valores de compromiso, militancia teórica, abandono de los formalismos académicos y crítica de la racionalidad científica” (Brunner y Barrios, 1987: 196). Esta conversión se habría producido desde fines de los años sesenta, ya que hasta 1967 –recordemos, es el año de la Reforma Universitaria– la sociología era tributaria “del modelo disciplinario predominante en los países centrales: el funcionalismo en la teoría, el empiricismo metodológico y el supuesto de la modernización como eje del programa de investigaciones impulsado por los diversos organismos e instituciones establecidos en Santiago” (Brunner y Barrios, 1987: 77). Pero,

“en adelante, la sociología se proclama militante y hace la crítica de la academia, del funcionalismo y de la teoría de la modernización” (Brunner y Barrios, 1987: 79).

Entonces se impuso, a juicio de Garretón (1989: 82), la figura del “gran intelectual” ideólogo, aquel que tiene un saber de la totalidad, que conoce las claves secretas de la sociedad, sus leyes de desarrollo y sus niveles de conciencia falsa y verdadera”. Un “profeta”, nos dirá después el sociólogo francés Alain Touraine (1987: 124). Desde esta perspectiva, la intelectualidad joven había desempeñado un “rol cuasi mesiánico” (Tironi, 1979: 26). Así lo consignó Garretón con motivo del I Congreso Chileno de Sociología, celebrado en 1984:

Fuimos ingenuos al tener desmesuradas ideas acerca del aporte que podíamos hacer a la sociedad; fuimos una élite que buscaba una posición de poder entre otras élites; reprodujimos las posiciones de antagonismo ideológico que se verificaban en todo el sistema social, y finalmente, caímos en un militantismo estrecho (citado en Villegas 1984: 16).

El “militantismo estrecho” anuló su condición de intelectuales críticos, convirtiendo a los sociólogos en meras correas de transmisión de sus respectivas organizaciones políticas o, peor aún, en un “revolucionario profesional, casi un violentista, urdidor de teorías descabelladas”, en opinión de Javier Martínez (citado en Villegas, 1984: 17). La concepción del intelectual orgánico, alabada hasta ayer, se tornó entonces el centro de un férreo cuestionamiento a partir de una caracterización frecuentemente *caricaturesca* de aquella figura.⁶ Tomás Vasconi (1991: 54) develó irónicamente las consecuencias de esta interpretación, según la cual:

6 Agustín Cueva denunció la falacia de esa imagen, construida exprofeso, que sustenta el viraje ideológico de la intelectualidad renovada, cuyo método “consiste en lo siguiente: en lugar de tratar de descubrir la lógica subyacente en los procesos históricos, fabrica los acontecimientos que necesita para justificar su propio razonamiento” (Cueva, 2008b: 210).

El surgimiento de las dictaduras resultaba en gran parte producto de las “provocaciones de la ultraizquierda” que, “asustando a la burguesía” alentaron a los militares a intervenir. Lo que, por otra [parte], constituía otro y fundamental argumento para rechazar las ‘ideologías’ –teorías, paradigmas, etc.– de los años 60.

En contraste con esta construcción retrospectiva, los intelectuales renovados señalan que la experiencia traumática del golpe se tradujo en una mayor autonomía del campo académico con respecto al campo político (Brunner y Barrios, 1987; Lechner, 1988), y en el rol más modesto y especializado que se le atribuye al científico social. Es decir, en contraposición con la imagen del intelectual orgánico, del sociólogo militante, hegemónica en las décadas anteriores, ahora “vuelve a primar el crítico por sobre el profeta y la vocación política ya no se apoya en un compromiso de militancia partidista” (Lechner, 1988: 32). Para Garretón (1989: 17), “es posible percibir una mayor identificación con intereses propios, corporativos o de carrera, lo que refuerza su mayor autonomía respecto de los campos económico, político e ideológico”. Calderón y Provoste (1989: 79) comparten esta descripción de un “proceso de autonomización del quehacer profesional respecto de las adscripciones políticas y sociales”, de una vocación académica definida desde la práctica profesional. De acuerdo con esta lectura, en los ochenta el científico social se especializa en una determinada área de conocimiento y, por esa vía, adquiere un perfil profesional; abandona la búsqueda del “saber total” o de las “verdades ocultas” de la realidad social y, en cambio, se vuelve un especialista en ciertas parcelas de conocimiento. Touraine resume así la transformación que, a su juicio, habían vivido los científicos sociales latinoamericanos desde una tendencia comprometida-profética hacia una tendencia profesional-crítica:

En los regímenes autoritarios los intelectuales, a menudo expulsados de las universidades, obligados a una mayor profesionalización para conseguir contratos de investigación, y decepcionados por la caída de los regímenes

democráticos, han desarrollado un pensamiento a la vez profesional y crítico, sin identificarse más como agentes “de progreso o revolución” (Touraine, 1987a: 124).

En definitiva, los intelectuales vuelcan sobre sí mismos las armas de la crítica que anteriormente habían vertido sobre el “intelectual de academia” (Brunner y Barrios, 1987: 196). Ese movimiento tiene dos consecuencias destacables: en primer lugar, se asumen como los causantes del abandono de su “verdadera” función social, esto es, la de *interpretar el mundo*, así como de las insuficiencias que puedan atribuírsele a las ciencias sociales chilenas y de la escasa autonomía del campo académico; y, en segundo lugar, en el terreno político y en la medida en que los científicos sociales se habían convertido en actores políticos, esto es, que habían pretendido *transformar el mundo*, se confiesan corresponsables de la polarización ideológica que caracterizó a los años de la Unidad Popular. El corolario de los dos pasos va a significar una transformación subjetiva radical del rol y del quehacer del sociólogo.

EL ESTALLIDO DE PARADIGMAS TOTALIZANTES Y EL FIN DEL MARXISMO

La hipótesis de la sobreideologización, o de la “inflación ideológica” (Lechner, 1988: 133), que sirvió para justificar el golpe de Estado, fue subsumida por la sociología en su proceso de revisión y cuestionamiento. De esta manera, Garretón caracteriza los años inmediatamente anteriores al golpe de Estado, en cuanto al desarrollo de las ciencias sociales, como un “período de ideologización y polarización dependiente del proceso político nacional” (Garretón, 1989: 4). Y Ángel Flisfisch sostiene que ese fenómeno “tuvo buena parte de la responsabilidad de los golpes y advenimientos de los gobiernos autoritarios en la década de los 70” (citado en Vasconi, 1991: 54). Es decir, la conclusión, como destaca socarronamente Vasconi (1991:

54), es que “los ideólogos –y entre ellos con particular importancia los científicos sociales– ‘inflaron’ tanto sus conceptos revolucionarios que acabaron por ‘asustar’ a su burguesía y ‘exasperar’ a los militares”.

A juicio de la autocritica renovada, hasta 1973 la reflexión teórica operaba más como “deducción” de leyes generales –importadas acríticamente de las teorías europeas y estadounidenses– que como elaboración de teorías propias a partir de la investigación sobre realidades específicas, lo que se traducía en una desconexión “entre teoría e investigación empírica” (Garretón, 1989: 6). Y ello se debía, en parte, a la “extraordinaria receptividad en Chile para modelos institucionales y de contenido teórico y analítico de la producción académica externa” (Garretón, 1989: 5-6). Bajo esta lectura, la sobreideologización provenía de una exigua investigación empírica, de un pobre conocimiento de las realidades inmediatas y de una repetición *manualesca* de tesis formuladas a la luz de otros contextos. A la vez, la sobreideologización reforzaba esas debilidades de las ciencias sociales chilenas y, por añadidura, la intelectualización de la política y la intransigencia y dogmatismo de las organizaciones de izquierda: “Nuestra izquierda, todos nosotros, usábamos un cinturón de castidad ideológico, hacíamos una lectura canónica de la teoría, leíamos más los libros que la realidad” (Arrate, 2009: 23).

Pero el cuestionamiento ideológico se refiere también a la visión social del mundo, esto es, el *marxismo*, definido como una ideología *total* que en los hechos se traducía en la adhesión a la idea de crisis del capitalismo, la adscripción a la revolución como vía para transitar al socialismo y el socialismo como idea reguladora (horizonte de visibilidad, horizonte normativo y orden social ideal). En consecuencia, había sido el marxismo, ese paradigma “total” –“totalizante” o “totalitario”, para algunos–, el responsable de la *transformación del sociólogo en ideólogo*, esto es, del científico social en intelectual orgánico, y de la reflexión social en llamados a la revolución, que era, de acuerdo con esta interpretación, el corolario del análisis marxista de la realidad. A decir de Garretón, el “estallido de los paradigmas totalizantes” y,

muy especialmente, la “crisis” del marxismo, permitió que “nuevas corrientes de pensamiento, parciales y no totalizadoras, sean tomadas libremente para el estudio de las realidades del país” (Garretón, 1989: 12). Lechner es más explícito al sostener que:

Los golpes militares desmitifican la fe revolucionaria y hacen estallar un marxismo dogmatizado [...]. De un modo cruel y muchas veces traumático acontece una “crisis de paradigma” con un efecto benéfico empero: la ampliación del horizonte cultural y la confrontación con obras antes desdeñadas o ignoradas (Lechner, 1988: 30).

La necesidad de extraer lecciones positivas del golpe de Estado constituye un rasgo de la voluntad afirmativa y de la habilidad camaleónica de estos intelectuales. El eclecticismo resultante de esta relación más “libre” con la teoría aparece, desde esta perspectiva, como “un fenómeno saludable en la medida en que significa el abandono de la exégesis o la ‘aplicación’ de una teoría pre-constituida y se busca dar cuenta de determinada realidad social” (Lechner, 1988: 30).

Según Garretón, emerge un pensamiento “no ideológico, que carece de marcos monolíticos y prescinde de opciones políticas específicas, como las de antaño” (citado en Pinto 2000: 193). La prescindencia o “menor grado de *adscripción o paradigmas identificables*” (Brunner y Barrios, 1987: 207) de estas ciencias sociales haría que los científicos tuvieran una relación más instrumental –desideologizada– con los enfoques y teorías. Al no adherir explícitamente a modelos de análisis de la realidad, los científicos sociales presuponían o hacían ver que investigaban sin los dogmas y prejuicios del pasado, cuando frecuentemente enmascaraban sus orientaciones valorativas tras una montaña de datos o detrás de la naturalización de los fenómenos sociales, como sucede con la revalorización de la democracia, lo que veremos a continuación.

DE LA REVOLUCIÓN A LA (TRANSICIÓN A LA) DEMOCRACIA

Para la generación de sociólogos de los sesenta, “el primer encuentro con la democracia fue subjetivo, experiencia de vida, de sobrevivencia, un encantamiento afectivo producto de su pérdida” (Moyano, 2009). Corroborar esta idea uno de los protagonistas del proceso: “La revalorización de la antes criticada ‘democracia formal’ se inicia pues a partir de la propia experiencia personal más que de una reflexión teórica” (Lechner, 1988: 29). Pero, como no podía ser de otra forma, en seguida se convirtió en preocupación teórica.

Lo primero a considerar es la lección extraída a raíz de las irrupciones militares en América Latina: “La gran enseñanza de los golpes militares es que el socialismo no puede (no debe) ser un golpe” (Lechner, 1988: 26). La lectura renovada desconoce precisamente que la *originalidad* de la “vía chilena al socialismo” consistía en la voluntad expresa de conjugar socialismo y “democracia, pluralismo y libertad” (Allende, 1971). Por eso, ese proyecto popular “buscaba la transformación de la existente democracia ‘formal o institucional’ en una auténtica ‘democracia social’” (Illanes, 2010). De aquí en adelante, el pensamiento social y político rechaza el debate en torno a la democracia: cualquier intento por caracterizar y definir a la democracia fue omitido y, frente a las dictaduras imperantes, la democracia aparecía exclusivamente como democracia formal (Vasconi, 1991).

La revalorización de la democracia, como *forma* política, proviene del análisis que de la Unidad Popular y de los motivos de su colapso realizó la izquierda *renovada*. Lo significativo de este primer examen es que el estudio de la UP se realiza *desde la derrota*, a contrapelo de la certeza en la orientación progresista de la historia que había caracterizado a esta generación en los sesenta. Se configura una *mirada común*, que explica el fin de la Unidad Popular a partir de la lógica de desacuerdos y tensiones a nivel del aparato de Estado y de los partidos políticos. Para la intelectualidad *renovada* el golpe de Estado fue el resultado, y no la causa, del *quiebre de la*

democracia. Es decir, es porque ya se había quebrantado la institucionalidad y la legalidad democrática (burguesa) que se produjo el golpe; en lugar de sostener que el golpe viene a conculcar no solo las vías de profundización de la democracia que diversos sectores sociales generaron, sino también la propia democracia parlamentaria existente. De acuerdo con Garretón (1990: 17), el mayor “aprendizaje” del golpe dice relación con “el gran problema histórico de este siglo que llevó al derrumbe democrático: la ruptura entre clases medias y la izquierda, es decir, entre quienes pueden asegurar democracia política y cambio social”. Habría sido, entonces, la institucionalidad democrática la que colapsó⁷. De acuerdo con esta explicación, la Unidad Popular tensó la democracia con su “vía chilena al socialismo”, al concebir al Estado únicamente como un *instrumento* de los sectores populares para transformar la sociedad.

Según este enfoque, el cuestionamiento y el desprestigio de la democracia (formal-burguesa) propiciaron la ruptura de los consensos sociopolíticos fundamentales y el privilegio de la fuerza como forma de resolver las diferencias. En este sentido, la tesis del debilitamiento de la democracia se complementa con la “crítica” de la sobreideologización de los partidos y movimientos sociales y de los intelectuales de izquierda, a la que ya nos hemos referido anteriormente. La combinación permitía diseminar las culpas por el golpe de Estado:

7 Este análisis no está muy alejado de las tesis contenidas en la Declaración de Principios del Gobierno de Chile (Junta Militar, 1974) según las cuales una democracia “ingenua” o “debilitada” como la chilena habría permitido la penetración del marxismo, “cuyo objetivo es el de construir un Estado totalitario”. Por eso la Dictadura se imponía la misión de “dotar a nuestra democracia de una sólida estabilidad, depurando a nuestro sistema democrático de los vicios que facilitaron su destrucción, pero trascendiendo a una mera labor rectificadora, para entrar de lleno en el audaz campo de la creación”. El pilar de esta nueva democracia será la descentralización funcional entre el poder político y el poder social (Iglesias, 2015).

En efecto, “el relato” de Moulian y Garretón⁸ hablaba, de una parte, de la rigidez del centro DC para hacer alianzas, y de la otra, de la manía de la UP por hacer reformas sin mayoría política. Esta narrativa fue la que permitió compartir las culpas del golpe entre la izquierda y la DC, y fijar una plataforma intelectual (y en cierto modo también moral) a partir de la cual aspirar a un entendimiento político (Tironi, 2009).

La interpretación de la dictadura como una respuesta a la crisis de la democracia, como una forma de poner fin al conflicto político que amenazaba con la disolución de la sociedad, sitúa el problema del término de aquella en el sentido de la recuperación democrática. Garretón ha sido quien mejor ha expresado esta conexión entre la lectura *renovada* de la Unidad Popular y la transición a la democracia, al sostener que:

El proceso referido hasta ahora había significado el aprendizaje de cómo se puede terminar con un régimen militar, lo que implicaba modificar los anteriores rechazos a insertarse en la institucionalidad de aquél por razones que confundían ética y política; y de cómo debía hacerse la unidad de la oposición, lo que implicaba aceptar una visión instrumental por sobre los traumas del pasado y los recelos respecto del futuro. Pero no se había completado el aprendizaje de ligar las causas del derrumbe democrático con las condiciones del restablecimiento de la democracia una vez terminado el régimen militar. Este es el aprendizaje crucial (Garretón, 1993: 152).

Ergo, si el principal problema fue el accionar de los partidos políticos, que desestabilizaron el sistema político hasta hacerlo colapsar, la sociología y la ciencia política concluyeron que la vía para poner fin a la dictadura debía ser una salida política institucional, democrática, pactada, pacífica y liderada por los partidos políticos (las élites políticas). Salida que implicaba el

⁸ El autor se refiere a los análisis realizados por Garretón y Moulian en FLACSO vieron la luz en forma de libro en 1983 (La Unidad Popular y el conflicto político en Chile), pero que había sido publicado parcialmente en distintos artículos entre 1977 y 1978.

reencuentro entre el “socialismo” y la Democracia Cristiana: “La visión que construyeron Moulian y Garretón sobre la política chilena contemporánea y el surgimiento y el fracaso de la UP tuvo otra virtud fundamental: permitió el reencuentro de la izquierda con la Democracia Cristiana” (Tironi, 2009). En este sentido, podemos decir que:

Al final se impuso la imagen del poder de la generación anterior, que era expresión de su propia identidad generacional. El poder radica en el Estado; la superación de la dictadura y la reconstrucción de la democracia debían hacerse por tanto desde ahí (Güell, 2002: 102).

Para Garretón, “democracia” se convierte en el nuevo *concepto límite*⁹ de las ciencias sociales chilenas durante el periodo dictatorial y, a su parecer, “esta referencia a la democracia tiende a redefinir el papel de los intelectuales y los científicos sociales, ayudando a su desideologización”; este concepto, “por su propia *naturaleza*, aleja de visiones globalizantes y excluyentes” (Garretón, 1991: 30). Nótese cómo se produce la naturalización de lo sociopolítico, atribuyéndole una naturaleza al concepto de democracia. La *democracia* se constituyó en el *leitmotiv* de los científicos sociales y la *transición a la democracia* en su objeto de estudio y su programa político.

La *renovación académico-intelectual-política* ubicó el debate acerca de la democracia en el marco de la orientación neo-contractualista, ensalzando la idea del pacto y las estrategias de concertación, pues “responden –tras la experiencia de desorden bajo los gobiernos autoritarios– a una aspiración generalizada por una institucionalidad estable y participativa” (Lechner,

9 Un concepto límite es “un instrumento conceptual, que es a la vez un objeto de estudio, pero también un concepto normativo que apunta a lo deseable. [...] El concepto límite es un objeto de estudio, pero es también la perspectiva, el concepto normativo, si ustedes quieren, utópico” (Garretón, 2011b: 15). Los conceptos límite con los que han operado las ciencias sociales chilenas son, según el autor, por orden de sucesión: desarrollo, revolución, socialismo y democracia (Garretón, 2007).

1988: 33). Pero los mismos autores que concuerdan con esta perspectiva nos advierten sobre el deslizamiento hacia una concepción equivocada de la vida política:

El pensamiento renovador abandona el concepto de “lucha de clases”, sin precisar un enfoque alternativo. Pero además, primordialmente preocupado por la concertación de un orden viable y estable, tiende a soslayar el conflicto mismo. El énfasis en el compromiso –acertado a la luz de la experiencia histórica– corre el peligro de impulsar una “neutralización” despolitizadora de los conflictos sociales, forjando una visión armoniosa y, por tanto, equivocada de la democracia (Lechner, 1988: 37).

En todo caso, lo que interesa destacar es que el carácter prospectivo, y también normativo, de la ciencia social producida en la década de los ochenta, se demostró performativo, por la importancia académica y política y la proyección de las élites que enarbolaron dichos análisis. Es decir, no se trataba tanto de predecir el futuro como de construirlo a partir de la enunciación de un relato sobre dicho futuro (y de una interpretación sobre el pasado). De hecho, en relación con la teoría de la transición política, el politólogo Alfredo Joignant (1999: 78) sostiene que:

La importancia política de esta vastísima literatura provenía de la intencionalidad propiamente normativa de los cientistas sociales que se situaban en la óptica de la transitología, cual es la de entregar herramientas teóricas y recetas a los actores políticos que enfrentaban el desafío de conducir exitosamente el complejo tránsito desde el antiguo régimen dictatorial al nuevo orden democrático. Pocas veces se ha estado en presencia de una literatura especializada que, apropiándose de ciertos recursos de las ciencias sociales, “se proponía explícitamente incidir en los procesos políticos”.

El propio Garretón reconoce el impacto de la sociología –bajo el influjo de la ciencia política– en la coyuntura plebiscitaria y en su desenlace: “A su vez, la participación de la oposición en el plebiscito estaba preparada por

el trabajo más ideológico realizado por los científicos sociales en la renovación del pensamiento político, especialmente lo que se llamó la ‘renovación socialista’” (Garretón, 2007: 230). El compromiso explícito que habían asumido los científicos sociales con la revolución en la década de los sesenta y setenta se trocó en compromiso explícito con la democracia, dibujando una trayectoria que supuso una transformación de las ciencias sociales y de la política: “Si la revolución es el eje articulador de la discusión latinoamericana en la década de los 60, en los 80 el tema central es la democracia. Al igual que en el periodo anterior, la movilización política se nutre fuertemente del debate intelectual” (Lechner, 1988: 24-25). En la medida en que se produjo una pugna por dotar de significado el concepto de democracia, la adhesión a la idea abstracta de ella se traducía en la adscripción concreta a determinados proyectos y partidos políticos; en lo inmediato la transición a la democracia, como una transición pactada, elitista, autorreferida, escindida de los sectores populares.

CONCLUSIONES

El desenlace de la Unidad Popular puso en jaque todas las certezas de las ciencias sociales anteriores. Al volver la mirada sobre sí, los académicos cuestionaron tanto su rol como los proyectos políticos a los que adhirieron, y con esto produjeron un quiebre epistémico y político, una *renovación sociológica*. El proceso de *renovación* (socialista) supuso una ruptura teórico-práctica a partir de la “refundación teórica de la matriz ideológica de la izquierda chilena” (Garretón, 2011a: 69). Por eso, el proceso de cuestionamiento del intelectual y de las teorías sociológicas en boga es inseparable de la revisión y crítica de la “vía chilena al socialismo”, y de la construcción de poder popular como experiencias revolucionarias.

Los sociólogos cuestionaron el carácter ideológico que impregnaba su práctica y su producción con anterioridad al golpe de Estado, evidenciado una supuesta ceguera ideológica que redundaba en el dogmatismo de sus

análisis y posiciones. Además, se acusaron de haberse creído profetas, visionarios capaces de anunciar la revolución que se avecinaba. El golpe produjo, en este sentido, como ya advertimos, un quiebre de todas las certezas anteriores. Los científicos sociales denunciaron la sobreideologización que habría caracterizado su pensamiento político y sociológico, contribuyendo con ello a la polarización política. Supuestamente asumieron un rol más modesto para sí mismos, construyendo la imagen de profesionales abocados al conocimiento de ciertas parcelas de la realidad social. Con todo, durante la dictadura los científicos sociales e intelectuales siguieron jugando un rol fundamental en la definición/construcción de proyectos políticos. Rol todavía más importante porque la academia se convirtió en la forma tolerada y pública de hacer política. En este sentido es que hemos cuestionado la valoración que ellos hicieron, particularmente los sociólogos, de su transformación, en dos sentidos: primero, respecto de la construcción en extremo caricaturizada de la ideologización previa al golpe de Estado, que sirvió no tanto para criticar y proponer superaciones de aquel tipo de ciencias sociales, sino para abandonar el compromiso explícito con la transformación radical de la sociedad; y, en segundo lugar, respecto de la visión desideologizada de las ciencias sociales durante la dictadura, porque si bien es cierto que se produjo un cuestionamiento de los paradigmas anteriores y de los “grandes metarrelatos”, no lo es menos que la producción sociológica en los ochenta se circunscribió al marco analítico proporcionado por la transitología, contribuyendo sobremanera a definir el camino de la transición chilena.

El abandono del marxismo, presentado como ideológico, dogmático y simplificador, dio paso al relativismo teórico o al eclecticismo de corrientes y perspectivas. A pesar de que los análisis sociales se abrieron a esa diversidad de enfoques, lo cierto es que en el pensamiento sociológico de los ochenta primó el enfoque de la transición a la democracia, que se convirtió en el nuevo marco desde el cual se encuadraron los problemas de la democratización de la sociedad. Por lo tanto, la renuncia no es tanto a los

enfoques teórico-metodológicos, sino al marxismo como paradigma crítico que estructura la realidad a partir del conflicto entre capital y trabajo. La crítica a cierta tendencia economicista o mecanicista en algunos trabajos marxistas, así como al carácter frecuentemente teleológico del estudio de la historia y de los actores sociales, se transformó rápidamente en el abandono del análisis marxista de la realidad. Y en la adscripción a formulaciones sobre la construcción de la sociedad basadas en la centralidad de la gobernabilidad, la idea del consenso y los pactos inter-élites. El realismo político se transformó en pragmatismo y en reproducción de la esfera política, *como si* estuviera al margen de los intereses de determinados grupos socioeconómicos. La sociología contribuyó a construir esta imagen a-conflictiva de la sociedad chilena. Por eso, el proceso de renovación supuso, en las ciencias sociales, la pérdida de su capacidad crítica.

Los científicos sociales ganaron la *batalla* en un *frente* —el de la lucha contra la voluntad exterminadora de la dictadura—, pero las que emergieron no fueron las mismas ciencias sociales, fueron unas *renovadas*, que en el caso de la sociología hegemónica significó amputaciones teóricas y concesiones ideológicas que supusieron la auténtica derrota del pensamiento crítico. Las ciencias sociales de los sesenta y comienzos de los setenta, que habían asumido un compromiso explícito con la revolución y enarbolado la crítica como una de sus armas fundamentales, sufrieron un *golpe* decisivo aquel 11 de septiembre. José Joaquín Brunner y Alicia Barrios, con sarcasmo, constataron la imagen de unas ciencias sociales finalmente *desarmadas*: “El feo rostro de la dictadura traería consigo una mueca, casi irónica, ante la cual la sociología chilena quedó, por fin desarmada” (Brunner y Barrios, 1987: 82). El *desarme ideológico* de las ciencias sociales chilenas es el auténtico triunfo de la dictadura militar en el campo del pensamiento social y político.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLENDE, S. (1971). *La “vía chilena al socialismo”, discurso ante el Congreso de la República de Chile reunido en sesión plenaria*. <https://www.marxists.org/espanol/allende/1971/21-5-71.htm>
- ALMENDRAS, A. (2007). *Usos de la transición política. El saber sociológico como oráculo de la transición política chilena* [Tesis de Magíster en Ciencia Política, Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile]. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/110785>
- ARRATE, J. (2009). Entrevista: Jorge Arrate: “No comparto las derivaciones de la actual renovación”. En F. Zerán, *Las cartas sobre la mesa. Entrevistas de Rocinante* (págs. 22-44). LOM Ediciones.
- BAÑO, R. (2012). “Las ciencias sociales como conocimiento de la época”. *Revista Anales*, 7 (4), 79-96.
- BARROS, M. Y CHAPARRO, C. (2014). *La sociología chilena durante dictadura: discursos sobre el impacto del autoritarismo en la sociología a partir del quiebre institucional de 1973* [Tesis de Licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales e Historia, Universidad Diego Portales]. <https://repositoriobiblioteca.udp.cl/CT0630.pdf>
- BRUNNER, J. J. (1990). La construcción de las Ciencias Sociales en América Latina. Comentarios sobre su institucionalización. *David y Goliath*, 19 (56), 81-84.
- BRUNNER, J. J. Y BARRIOS, A. (1987). *Inquisición, mercado y flantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*. FLACSO.
- CALDERÓN, F. Y PROVOSTE, P. (1989). La construcción institucional de las Ciencias Sociales en América Latina. *David y Goliath*, 18 (55), 66-79.

- CAMARGO, R. (2008). El carácter traumático del consenso en torno al 'Modelo Chileno': una investigación sobre la elite política democrática post-Pinochet. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, (8), 1-14.
- CUEVA, A. (2008A). El marxismo latinoamericano: Historia y problemas actuales. En A. Cueva y A. Moreano (Ed.). *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana* (pp. 177-200). CLACSO y Siglo del Hombre Editores.
- DEVÉS, E. (1991). La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico. *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, (30), 127-136.
- FALETTTO, E. (2009). Entrevista: Enzo Faletto: "En torno a la desestructuración". En F. Zerán (Ed.). *Las cartas sobre la mesa. Entrevistas de Rocinante* (pp. 145-156). LOM Ediciones.
- GARRETÓN, M. A. (1981). La evolución de las Ciencias Sociales en Chile al inicio de los ochenta: situación, problemas y perspectivas. *Documento de Trabajo*, (113).
- GARRETÓN, M. A. (1989). La evolución de las ciencias sociales en Chile y su internacionalización. Una síntesis. *Documento de Trabajo*, (432).
- GARRETÓN, M. A. (1990). La democracia que se inaugura y sus condiciones socio-políticas. *Convergencia*, (17), 13-18.
- GARRETÓN, M. A. (1991). La evolución de las ciencias sociales en Chile y su internacionalización. *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, (491), 26-31.
- GARRETÓN, M. A. (1993). Aprendizaje y gobernabilidad en la democratización chilena. *Nueva Sociedad*, (128).
- GARRETÓN, M. A. (2007). Las ciencias sociales en Chile. Institucionalización, ruptura y renacimiento. En H. Trindade (coord.),

Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada (pp. 193-248). Siglo XXI.

GARRETÓN, M. A. (2011A). Intervención de Manuel Antonio Garretón. En *El Mapu: Realidad o mito. Encuentro de Memoria Histórica* (pp. 67-72). Comité Memoria MAPU.

GARRETÓN, M. A. (2011B). Las ciencias sociales ante la dictadura, la democratización y la sociedad del Bicentenario. *Democracia y cultura en tiempos neoliberales. Seminario Internacional de las Humanidades, Artes, Ciencias Sociales y de la Comunicación, del 25 al 27 de octubre*, (pp. 13-25). Santiago de Chile.

GARRETÓN, M. A. (2013). 40 años después. Sociología política y sociedad en América Latina y Chile. *Conferencia inaugural, XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología, 29 de septiembre*. ALAS-Chile.

GARRETÓN, M. A. Y POZO, H. (1984). Las universidades chilenas y los derechos humanos. *Documento de Trabajo*, (213).

GÜELL, P. E. (2002). La generación de sociólogos de los setenta post-golpe: Una cuestión de poder. *Revista de Sociología*, (16), 80-102.

GUERRERO, M. (2008). Tras el exceso de la sociedad: emancipación y disciplinamiento en el Chile actual. En A. E. Ceceña (Coord.), *De los saberes de la emancipación y de la dominación* (pp. 261-182). CLACSO.

IGLESIAS, M. (2015). Lo social y lo político en Chile: Itinerario de un desencuentro teórico y práctico. *Izquierdas*, (22), 227-250.

ILLANES, M. A. (2010). La república de la gratitud. De la promoción participativa al neo-asistencialismo. (Dos tradiciones y Chile actual). En C. Parker y F. Estenssoro (Eds.). *Ciencias, tecnologías, culturas. El desafío del Conocimiento para América Latina* (pp. 377-395). Explora-Conicyt / USACH.

- JUNTA MILITAR. (1974). *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*. Recuperado el 28 de abril de 2015, de [www.archivochile.com: http://www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm_gob_pino8/DMdocjm0005.pdf](http://www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm_gob_pino8/DMdocjm0005.pdf)
- JOIGNANT, A. (1999). Límites temporales y obstáculos de la transición chileno. Comentarios metodológicos para una crítica política. *Revista InFraganti* (1), 74-82.
- LECHNER, N. (1988). *Los patios interiores de la democracia*. FLACSO.
- MOULIAN, T. (2008). Tomás Moulian: itinerario de un intelectual chileno". Entrevista de Emir Sader, Juan Carlos Gómez Leyton y Horacio Tarcus. *Crítica y Emancipación: Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Año 1(1), 129-174.
- MOYANO, C. (2009). Un acercamiento histórico-conceptual al concepto de democracia en la intelectualidad de la izquierda renovada. Chile, 1973-1990. *Izquierdas*, 2 (3).
- MOYANO, C. (2011A). Diálogos entre el exilio y el interior. Reflexiones en torno a la circulación de ideas en el proceso de renovación socialista, 1973-1990. *Izquierdas*, (9), 31-46.
- MOYANO, C. (2011B). Pensar la transición a la democracia. Temas y análisis de los intelectuales MAPU en SUR y FLACSO. En M. Mella (Ed.) *Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena* (pp. 195-240). RIL.
- PINTO, J. (2000). Balance de un medio siglo: historiadores y cientistas sociales enfrentan el 2000. En M. Garcés, P. Milos, M. Olguín, J. Pinto, M. T. Rojas y M. Urrutia (Eds.). *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX* (pp. 107-119). LOM.

- TIRONI, E. (1979). Solo ayer éramos dioses.... *Análisis* (30), 25-27.
- TIRONI, E. (6 DE SEPTIEMBRE DE 2009). Los hijos no siempre reconocidos de Tomás Moulian. *La Nación*. <https://web.archive.org/web/20160413174030/http://lanacion.cl/noticias/site/artic/20090905/pags/20090905203825.html>
- TOURAINÉ, A. (1987). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. PREALC.
- VASCONI, T. A. (1991). Las Ciencias Sociales en América del Sur y Chile, 1960-1990. In *Memoriam. Homenaje de la Universidad Arcis a Tomás A. Vasconi (1928-1995)* (pp. 1-75). Arcis.
- VILLEGAS, F. (1984). Sociólogos: En caso alguno una especie en extinción. *Cauce*, 16-17 (semana de 28 de agosto al 3 de septiembre).

NOTA

Este artículo es producto de mi tesis doctoral titulada “La construcción (teórica) de los movimientos sociales en Chile: El campo de batalla de la Sociología (Política) y la Nueva Historia (Social)” (2015), financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (México).

SOBRE LA AUTORA

Mónica Iglesias es Doctora y Maestra en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Socióloga por la Universidad de Barcelona. Profesora Adjunta de la Escuela de Sociología de la Universidad de Valparaíso. Sus líneas de investigación son acción colectiva y movimientos sociopolíticos; memoria social e historia del tiempo presente en Chile; pensamiento crítico latinoamericano, teoría crítica y marxismo.